

Correr a ciegas

Tahona de letras, 23

Javier Díez Carmona

Correr a ciegas

Meteorα

Correr a ciegas
© Javier Díez Carmona, 2012

Reservados todos los derechos de edición por
© Editorial Meteora, SL
Gran Via de les Corts Catalanes, 794, ent. 1^a
08013 Barcelona
Tel. 93 265 56 54
www.editorialmeteora.com
contacte@editorialmeteora.com

Primera edición: noviembre de 2012

ISBN: 978-84-92874-66-8
Dep. Leg.: B.28236-2012

Diseño de la cubierta: Eduard Serra
Fotografía de la cubierta: © Regula Heeb-Zweifel / JAI / Corbis

Impreso en Liberdúplex, Sant Llorenç d'Hortons

SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DEL EDITOR, QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, BAJO LAS SANCIONES QUE ESTABLECE LA LEY, LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTA OBRA A TRAVÉS DE CUALQUIER PROCEDIMIENTO MECÁNICO O ELECTRÓNICO, INCLUSIVE LA REPROGRAFÍA, LA DIFUSIÓN POR REDES TELEMÁTICAS Y LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES DE ESTA EDICIÓN MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICOS.

*Para Alma.
Este libro no existiría sin ella*

*Si pudiera explicar las vidas que quité,
si pudiera quemar las armas que usé,
no dudaría en volver a retir.*

ANTONIO FLORES

*Anónimo luchador,
nunca tendrán las armas la razón,
pero cuando se aprende a llorar por algo
también se aprende a defenderlo.*

BARRICADA

PRIMERA PARTE

Un país de lagos y volcanes



*La viste desde el aire, esta es Managua,
de pie entre ruinas, bella en sus baldíos,
pobre como las armas combatientes,
rica como la sangre de sus hijos.*

[...]

*Ya ves, viajero, está su puerta abierta,
todo el país es una inmensa casa.
No, no te equivocaste de aeropuerto:
Entra nomás, estás en Nicaragua.*

JULIO CORTÁZAR

—¿QUÉ HOSTIAS HACES AQUÍ?

Koldo no contestó. En silencio, entró al apartamento y, con un gesto de cabeza, sugirió a su amigo que cerrase.

—¿No piensas responder? —insistió Eder luchando contra el acceso de ira que amenazaba desbordar su garganta.

No. De momento no. Paseó en silencio por la sala, por el diminuto dormitorio, escudriñando a hurtadillas a través de las cortinas. Al otro lado, bajo los últimos rayos de un sol mustio, los comercios cerraban aliviados, los paseantes inundaban las calles peatonales y la ciudad se teñía de reflejos dorados. Un atardecer más, salpicado de turistas y holgazanes, envuelto en una brisa que, desde el Cantábrico, ascendía a lo largo del Nervión refrescando con su aliento húmedo los rigores del verano. Un día cualquiera.

«Me acabas de arruinar la vida», pensó Eder con más miedo que rabia.

Koldo terminó de inspeccionar una vivienda que conocía casi tan bien como su dueño, esbozó una sonrisa forzada y depositó en el suelo una mochila. En sus ojos brillaba algo semejante a la vergüenza, a la culpabilidad.

«Ya puedes sentirte culpable con el marrón que me estás metiendo.»

—Escucha, Eder. De tener otra alternativa, cualquier otra, no habría venido. Pero no he tenido más remedio. Eres la única persona en quien puedo confiar. Y necesito ayuda.

—¡No me cuentes historias! ¿Cuántas veces hemos hablado de esto, cuántas veces tengo que decirte que paso, que no quiero rollos, que así no se hacen las cosas?

Koldo suspiró. Agachó la cabeza y remoloneó sin palabras en torno a la mesa que, como una barrera, se interponía entre

ambos. Se sentía culpable, era obvio. Eder hubo de repetirse que le daba igual, que debía marcharse por donde había venido, que nada de eso le incumbía. Pero no estaba tan seguro. ¡Se trata de Koldo, joder!

—Mira —la voz era un susurro, casi una súplica—, yo no estoy fichado. No me conocen. Pero tengo que pasar la muga esta tarde y no puedo cargar con esto —señaló la bolsa, un bulto anónimo recostado en una esquina con el futuro de ambos encogido en su interior—. Solo tienes que guardármela un par de días. Pasado mañana vendré a por ella y no volveré a meterme en ninguna embolada como esta. ¡Por favor!

Como tantas y tantas noches en los últimos tiempos, Eder concentró su mirada en la foto que, sobre la pared, tapaba grietas inaccesibles a su sueldo. Tres jóvenes enfundados en gruesos impermeables sonreían a una cámara invisible. La cruz del Gorbea destilaba estrechos témpanos de hielo desde su armazón metálico, la nieve ocultaba las botas embarradas y, a sus espaldas, un paisaje de montes encogidos bostezaba camino del mar. Eder ondeaba una ikurriña sobre sus cabezas. Apoyado en la imagen de la Virgen, Koldo sonreía con labios azulados. Entre ellos, terminando una bola que poco después iniciaría la inevitable batalla, una muchacha de rizados oscuros alzaba al cielo una barbilla desafiante. Tenían veinte años. Tres compañeros de universidad y correrías compartiendo bares, excursiones y, al correr de los tiempos, algo más. Ahora, con treinta y cinco a sus espaldas pasaba demasiadas tardes perdido en su piso de soltero, una cerveza calentándose en la mano, la mirada perdida en los recuerdos anclados frente al sofá.

Maite ya no existe. Su cuerpo lo ocupa un veneno polvoriento, un desconocido que, a través de sus venas, se adueña de la mujer que, siglos atrás, supo adueñarse de su vida.

Koldo forma parte del comando Bizkaia.

Y él hace sustituciones en un instituto, pelea con los restos de su hipoteca y vaga de bar en bar con la esperanza, siempre vana, de tropezar en uno de ellos con una Maite limpia de heroína, con un Koldo al margen de la lucha armada.

La vida es una mierda.

Koldo esperaba su respuesta oteando a través de los cristales. Así era su vida. Una huida constante, una fuga sin rumbo, pendiente de cualquier movimiento sospechoso, viendo ertzainas, policías y guardias civiles en cualquier inocente ciudadano que, distraído, posara en él su mirada. Estaba nervioso, pero no dudó ni por un instante de su amigo.

—Te dije que no te metieras, cabronazo. Te dije que cuatro putas bombas no arreglan nada. Todo lo contrario. Te dije que hay otras formas de hacer las cosas...

—¡Sí, claro! Yendo a votar una vez cada cuatro años ¿no? Lo que te ordenen que votes, además ¿no? ¿Crees que me gusta? ¿Crees que me hace gracia? ¿Te crees, como dicen los telediarios, que disfruto poniendo bombas? ¡No seas gilipollas! Pero no hay otra forma, Eder, no hay otra manera, y lo sabes. Sabes de sobra que se basan en una supuesta democracia para imponer la dictadura de una mayoría que ni vive aquí ni quiere saber nada de nosotros. Solo quiere que sigamos callados y obedientes, como con Franco. La lucha armada es el único camino, nos guste o no.

—¡Eres un imbécil! ¿Lo sabes? Porque deberías saberlo. ¿Acaso no ves que con cada petardo baja nuestro apoyo? ¿Acaso no comprendes que cada muerto es un mártir para ellos? ¡Joder, tío! ¡Hace falta estar ciego!

—No he venido a discutir —Koldo bajó la voz y jugueteó impaciente con los hilos descosidos de su camiseta. Respiraba con cierta dificultad, consciente de estar abusando de un colega. Del mejor de los colegas. Pero debía jugar sus cartas—. He venido a pedirte un favor que no te costará nada. No puedo dejar esto en ningún sitio, y no puedo arriesgarme a un control en la muga con ello. Pasado mañana debo estar aquí —reiteró despacio, muy despacio, marcando cada sílaba entre los dientes—. La recojo, me abro y listo. ¿Qué me dices?

—¿Qué hay ahí? —Eder se derrumbaba antes incluso de lo que él mismo creía.

—Nada. Nada que deba preocuparte. Pero no la abras. No

son armas ni explosivos. Son documentos, pero te juro que es mejor para ti no verlos. Vivirás mucho más tranquilo. Si eso es lo que deseas —concluyó retomando implícitamente una conversación repetida muchas veces antes de dar el paso definitivo.

—No es el miedo. —Estaban sentados contra las paredes derruidas de una iglesia abandonada. A sus pies, varios metros por debajo, el Purón saltaba de piedra en piedra, resbalaba sobre los cantos acumulando fuerzas para excavar el estrecho cañón que, unos metros más allá, maravillaba a los curiosos visitantes del Parque Natural de Valderejo—. Aunque me asusta, claro que me asusta. No quisiera volar por los aires si me equivoco de cables, o que me peguen un tiro en una persecución. Aunque lo que no quisiera por nada del mundo es que me detuvieran.

Guardaron silencio unos segundos. No necesitaban hablar para saber qué pensaban, qué evocaba cada uno en su mutismo. La repetida cantinela del río y, de vez en cuando, algún trinar lejano, eran los únicos sonidos perceptibles. Nadie más rompía la eterna quietud del parque. Hacía años que Maite faltaba a sus excursiones. Al recordarlo, Eder sintió que el vacío se adueñaba de su mente, un vacío lívido, cadavérico como el rostro de la que fue su novia.

—¿Entonces?

—No. No es eso. Mira, yo no puedo cargarme a un tío. Me da igual que sea un hijo puta, un represor, lo que quieras. No puedo. Yo quiero ser capaz de luchar por un futuro para mi tierra, y no puedo hacerlo matando gente. Quizá al final sí sea cobardía. Pero, además, no creo que un futuro conseguido con violencia se pueda mantener sin utilizar la violencia. Mira lo que pasa en Israel. Y no me considero un hippie desfasado, no pongas esa geta. Además, tío, yendo a lo práctico, es imposible conseguir nada de esa manera. En los sesenta el Ché afirmaba que la lucha armada no es eficaz en los regímenes electoralistas. Franco la palmó hace mucho. La gente está cansada de no llegar a nada, cansada de que entaleguen a sus hijos por tirar ponches, cansada de que se asocie abertzalismo con coche

bomba. Con la fachada de la democracia, el Estado se siente mucho más fuerte en la violencia que frente a los movimientos sociales. No es a tiros como vamos a derrotarle. No, al menos, yo —concluyó buscando los ojos de un Koldo que miraba al infinito sin disimular la decepción de su rostro.

—Haces bien. Vivirás más tranquilo

Se incorporaron para continuar el paseo como si la conversación jamás hubiera tenido lugar aunque, mientras atravesaba las ruinas de Ribera, Eder seguía dando vueltas al tono despectivo que barnizaba las últimas palabras de su amigo.

—¿Dos días? —interrogó regresando de golpe a la realidad.

—Te lo prometo.

• •

DOS DÍAS DESPUÉS, Eder Campos descansaba, o lo intentaba, derribado sobre el sofá, dando saltos de uno a otro canal con un mando que quemaba en su mano. Por las ventanas abiertas se filtraba el ruido de la gente, cuadrillas de borrachos cruzando los cantones en busca del siguiente bar abierto, cantando a pleno pulmón el himno del Athletic o cualquier bilbainada perdida en la memoria de los nostálgicos. Era noche cerrada y la mochila seguía allí, palpitando casi al ritmo de su propia respiración. Las piernas le dolían de tanto levantarse para escudriñar las calles adoquinadas y regresar a una espera que le atezaba por dentro. Las luces apagadas, el televisor salpicando manchas coloridas en las paredes, dejaban que los minutos cayeran como losas sobre una tarde inacabable. «¿Dónde coño se ha metido?»

De vez en cuando retumbaban pasos en las escaleras, se oían voces que susurraban en los descansillos o gemía la madera apolillada al doblarse bajo el peso de quien subía. Entonces, algo golpeaba en su pecho como si el corazón pugnara por liberarse de los barrotes de sus costillas, sin saber si debería escapar de la inminente operación policial o podría deshacerse del indeseado paquete que permanecía inalterable en su rincón. La angustia de la tardanza se sumaba a toda una colección de miedos que su mente cansada (no había dormido en toda la noche) inventaba con una precisión cada vez mayor. «Le han detenido en la frontera y ahora le están arrancando la confesión de sus últimos pasos.» «Ha tenido un accidente y entre los restos retorcidos del vehículo encontrarán evidencias que nos involucren a ambos.» «No tenía ninguna reunión en Francia, sino que iba a cometer un atentado y ahora soy su cómplice.»

«No, en realidad no milita en ETA y todo esto es una jugarreta para volverme loco, para vengarse porque Maite me prefirió a mí.» Se levantó de nuevo, incapaz de permanecer sentado un minuto más, y comenzó a dibujar círculos en torno al sofá. Sabiendo que Koldo jamás quiso nada con Maite, comprendía que sus divagaciones superaban los límites de la racionalidad.

Entonces sonó el timbre.

Contuvo a duras penas un grito angustiado. Aspiró hondo, luchando contra los temblores que atenazaban sus músculos, y echó un último vistazo a la calle desierta. No había vehículos apelotonados ante la entrada, ninguna sirena dibujaba líneas azuladas contra las paredes. «¿Desde cuándo la policía llama al timbre?», se obligó a pensar con un atisbo de sonrisa interior que ni siquiera rozó sus labios. Descorrió en silencio la antigua mirilla, un gran cuadrado de latón que ocultaba una reja oxidada, y al instante la cerró con un golpe malhumorado.

—¿Qué hostias haces aquí?

—¿Siempre saludas así a los colegas? —respondió el fármico fantasma de Maite, restos de un cuerpo antaño deseable desaparecidos ahora bajo una desproporcionada cazadora negra.

—Pues, últimamente...

Maite penetró despacio en el apartamento. Siempre caminaba despacio, tirando de unas piernas que se negaban a sostenerla, arrastrando las botas gastadas contra el suelo. Sus mejillas hundidas, las ojeras demasiado abultadas y el cabello sucio completaban el triste cuadro de la única mujer a la que, de verdad, había amado. La misma que mendigaba miseria en las esquinas malolientes de Bilbao La Vieja, cambiando polvo rápido por polvo blanco. La misma que, desde su pared, desafiaba al mundo armada de una sencilla bola de nieve. Un mundo, y una nieve, que le habían pasado por encima sin compasión.

—Llegas en mal momento —Eder regresó a la ventana, escurtó sigiloso tras las cortinas y se atrevió a enfrentar los ojos vacíos de su ex novia—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Claro. Tranquilo, que no voy a molestarte. Me marchó enseguida y te dejó que sigas esperando a esa chica.

—¿Chica?

—¿Qué te piensas, que no te conozco? Solo las mujeres son capaces de ponerte así de nervioso.

Mujeres. Bien pensado... Ojeó de nuevo tras los cristales mientras a su mente tornaban la policía, la guardia civil, la ertzaina, la cárcel... la muerte. «A lo mejor por eso estoy tan acojonado. Porque todas son femeninas. ¡A la mierda! Yo espero a Koldo.»

—¿Estás celosa?

—¡Que te jodan, imbécil!

Sí. Estaba celosa.

—¿Qué quieres?

La casa. Quería la casa.

• •

EDER SIGUIÓ CON LA MIRADA la desgarrada silueta que desaparecía más allá de la Plaza de Santiago. La muchacha había dejado la vivienda con los ojos anegados en lágrimas, el fracaso de sus últimos años impreso en la frente. Sentía lástima, mucha lástima por ella, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Otra vez, no.

Decidieron comprar la casa un soleado verano perdido en el pleistoceno de la memoria. Sus primeras nóminas comenzaban a engordar una exigua cuenta corriente, y aquel viejo cobertizo de paredes torcidas le pareció una idea excelente. Maite había iniciado el camino que la llevaría a la destrucción, pero él estaba convencido de poder cambiar aquel destino apuntalado en cada chute. Invirtió muchos fines de semana en arrancarla de la ciudad, en alejarla del ambiente de bares y camellos agazapados a sus puertas para perderse en recónditos alojamientos rurales diseminados por los alrededores. Ella no protestaba. Su adicción aún no la había llevado a los extremos denigrantes a donde llegaría con el tiempo. Todavía disfrutaba de la brisa en su rostro mientras paseaba por acantilados perdidos en pueblitos olvidados, o del frescor del agua en sus tobillos al descubrir nuevos riachuelos dispersos por geografías desconocidas. Por eso, cuando vieron el cartel mal garrapateado sobre una ruinoso construcción agazapada a orillas del Nela, un precio fácilmente asumible para una casita a las afueras de Puente dey, se decidieron. Era la excusa perfecta para mantenerla alejada de Bilbao, de sus calles repletas de vicios accesibles, de sus tugurios ahogados en humo y sudores donde piedras y papelinas pasaban de mano en mano con naturalidad. Una casa necesitada de su trabajo, de su dedicación, en un villorrio

perdido en el norte de Burgos, buscado destierro de fin de semana que, en cualquier caso, no sirvió para nada.

La escrituraron a nombre de los dos, es cierto, pero fue Eder quien la pagó. Con su dinero, pero también con sus horas de trabajo, con su dedicación y su soledad en las largas noches que pasó allí, perdido en la ficticia perfección de los libros mientras ella pululaba de Las Cortes a San Francisco inventando nuevas y más tristes formas de obtener un veneno imprescindible. Maite apenas aguantó un par de meses, ocho fines de semana, en la reclusión voluntaria de la casona. Su distanciamiento se agudizó hasta volverse irreversible y, desde entonces, cada vez que la palidez de su rostro aparecía frente a Eder era para pedir dinero. Por los buenos tiempos.

Ahora quería quedársela.

—Quiero curarme. Quiero curarme, quiero sacarme toda la mierda de encima, quiero ser la de antes. Y para eso necesito aislarme, encerrarme en ella y no salir hasta que pueda pasar del jaco.

—Bueno. Tienes las llaves, ¿no?

Silencio.

—¿No?

—Bueno —Maite finge hurgar en la alfombra con una puntera desgastada, las manos enlazadas en la espalda, la mirada perdida en ningún sitio—. Necesito que la pongas a mi nombre.

—¡Largo! —agarrándola del brazo, del trozo de hueso que ocupaba el lugar donde una vez estuvo el brazo, Eder la arrastró hasta la puerta—. ¡Solo quieres pasta para seguir chutándote! ¡Solo quieres tenerla a tu nombre para venderla y poder meterte toda la mierda del mundo! ¡Lárgate y deja de joderme de una puta vez! ¿Me oyes? ¡Fuera!

—No. No, Eder, por favor... —Maite comenzó una retahíla de lloros y súplicas, conocido recurso con que solía ablandarle, pero la puerta se cerró a sus espaldas y la oscuridad se ocupó de recordarle que nadie estaba dispuesto a seguir escuchando. Ni tan siquiera Eder.

Oculto tras el burdo parapeto de las cortinas, Eder siguió la silueta que se tambaleaba bajo los círculos de las farolas y sintió que unas gotas salobres afluían a sus pupilas resacas de sueño e incertidumbre.

Sonó el teléfono.



Nicaragua

1980 (I)

UNA INTERMINABLE HILERA DE CAMIONES se arrastraba ruidosa por las abruptas laderas de la montaña. El bosque, pacífico refugio de jcorocas, chocoyos y colibríes, se estremecía a su paso, rota la calma por el rumor vibrante de los vehículos. Flotando en caprichosas formaciones, densas nubes de polvo rojizo se cerraban sobre la columna, mezcla de tierra removida, hojas marchitas y sentimientos a flor de piel. Desafinado, el rugido de miles de gargantas inundaba parajes antaño serenos con timbres ilusionados. La vocécita de Yadira se diluía en el extraño orfeón de muchachos imberbes, de muchachas de tez infantil. Sus cotonas grises, bordadas con el anagrama de la Cruzada Nacional de Alfabetización, lucían el color pardo de las pistas sin asfaltar que llevaban a las más recónditas zonas del país. El estruendo con que la muchachada despedía a los compañeros cada vez que uno de los vehículos se perdía en la arboleda y decenas de brigadistas desaparecían de su vista le provocaba escalofríos de ansiedad e incertidumbre que recorrían sus terminaciones nerviosas. Allá, en algún lugar lejano, aguardaban cinco meses en la montaña, cinco meses de enseñanza y aprendizaje para una quinceañera que ignoraba si existía vida alguna tras los límites de Managua.

Desde siete años atrás, desde el ecuador de su corta existencia, Yadira vivía en una chabola de plástico y latón, precario refugio clavado al borde mismo del lago Xolotlan. Montañas de escombros rodeaban el improvisado hogar donde la familia Pineda García, junto a tantas otras, hubo de acampar tras la destrucción de sus viviendas. Una mañana de mil novecientos setenta y dos, cuando el suelo se abrió y las paredes gimieron temblorosas antes de desplomarse, lo perdieron todo. En cuestión de segundos, abandonaron futuros y proyectos para engrosar el ingente ejército de desheredados que

inundó la capital. El brutal terremoto destrozó edificios e ilusiones. Hundió pavimentos y esperanzas. Mató. Sobre todo, mató. La pequeña Yadira perdió a casi todos sus familiares, amigos y compañeros de colegio en una sola noche, en pocos minutos. Ella, al igual que miles de niñas y niños, salió reforzada del dolor, maduró en cuestión de semanas, mujercita de ocho años que asumió la atención de sus hermanos mientras los padres peleaban en los mercados por misérrimas porciones de ayuda internacional, que colaboró con sus manitas infantiles en la construcción del provisional refugio, que inventó historias de alegría para entretener a los pequeños en las cálidas noches de Managua, cuando a orillas del extenso lago encendían una precaria fogatita y engañaban el hambre con leyendas imposibles y brujas no tan malvadas.

Demasiado pronto comprendieron que su eventual morada sería la definitiva. La forma en que Anastasio Somoza, hijo de Anastasio Somoza, se apropiaba de las toneladas de ayuda enviadas por la solidaridad internacional pronto fue de dominio público. Millones de sacos de arroz, de maíz, harina y frijoles rebosaban los hangares del aeropuerto internacional Las Mercedes. De noche, furtivas, clandestinas caravanas verde olivo los abrían sin violentar y, repletas de solidaridad enlatada, enfilaban la desierta carretera Norte. Cada nueva mañana, los mercados capitalinos amanecían desbordantes de alimentos, reino de abundancia ofrecida a precios desorbitados para una población traumada y hambrienta, más indignada si cabe al comprobar que los fieles al dictador no se habían molestado en borrar los sellos que anunciaban su procedencia, los sellos que delataban el robo y la perpetua injusticia del tirano: Ayuda de emergencia. Donaciones para ser repartidas de forma gratuita entre los damnificados.

Nada fue reconstruido. Ningún buldózer, ninguna excavadora atravesó las marañas de escombros para limpiar las calles, mucho menos para rehacer los edificios destruidos. Los días se convirtieron en meses, los meses en años, y Yadira y sus hermanos siguieron inventando porvenires junto al lago, trocando sudorosos entre nubes de polvo hasta la escuela maltrecha, vendiendo en los semáforos los bollitos que su madre cocinaba de madrugada, soñando que todo aquello, algún día, había de cambiar.

Cada vez eran menos los camiones que les precedían. A orillas del camino quedaban dispersos ranchitos de maderas apolilladas y familias saludando sonrientes ante sus puertas. De vez en cuando, mantas, pancartas aferradas al espeso ramaje saludaban al ejército alfabetizador y desde la caravana un estruendo de vítores y aplausos le correspondía. Cuando atravesaban núcleos habitados (semicírculos de casitas con techo de palma al costado de la pequeña iglesia de cemento) decenas de campesinos descalzos les contemplaban con ansiedad, la esperanza brillando incontrolable en unos ojos gastados y endurecidos. Siempre se detenía un vehículo, siempre se desgajaba algún joven desde la caja atestada y siempre era recibido con timidez y ansiedad por los hijos de la tierra, los desconocidos de una Nicaragua que, desde los tiempos lejanos de la conquista, había despreciado a aquellos que la alimentaban. Unos bocinazos indicaban que la marcha continuaba, y los dinosaurios mecánicos rugían de nuevo. Los gritos y los cantos retornaban a las gargantas adolescentes y la caravana continuaba avanzando en la promesa de ir convirtiendo la oscurana en claridad.

Aquella, la de convertir en claridad la oscurana que se cernía sobre el país, fue una de las primeras promesas del Gobierno de Reconstrucción Nacional formado en Nicaragua a raíz de la fuga apresurada de Anastasio Somoza con los ataúdes de su padre y hermano. Más aún, aquella promesa, la alfabetización de adultos, figuraba en el programa histórico del FSLN ya en 1969. Y desde el 19 de julio de 1979, cuando columnas y columnas de guerrilleros y campesinos entraban en Managua ocupando el vacío dejado por el dictador y su Guardia, aquella promesa comenzaba a volverse realidad. Un día antes, en la atestada plaza de la Revolución, ante una catedral engalanada con dibujos de Sandino y Carlos Fonseca, el padre Fernando Cardenal dio formal inicio a la consecución del sueño. Decenas de miles de jóvenes, acompañados por padres, amigos, familiares y vecinos, alzaron al cielo un juramento de fidelidad, determinación y compromiso con los desfavorecidos. Allí nació un gigantesco frente de combate contra el analfabetismo y la miseria:

»Juramos ante la memoria del padre de la revolución, general Augusto Cesar Sandino; del jefe de la revolución Carlos Fonseca Amador; del defensor de

los obreros y campesinos Germán Pomares: Ser fieles cumplidores de la orden de combate trazada por nuestro gobierno y nuestra vanguardia, no abandonando las trincheras hasta ver extinguida la ignorancia de nuestra patria. (...)

»Juramos trabajar afanosos y seguros de que la vida del campo nos dará su hermosa experiencia para ser al final y al regreso mejores estudiantes y más conscientes sandinistas y decirle a la Dirección de nuestra Revolución y a nuestra Junta de Gobierno, qué otra tarea debemos realizar.

»¡Vencimos en la insurrección!

»¡Venceremos en la alfabetización!

»¡Patria libre o morir!

El grito unánime de cien mil gargantas enronquecidas atronó la pequeña plaza, los puños se alzaron y el himno de la cruzada fue coreado como un credo, los sentimientos a flor de piel, abrazos con desconocidos miembros de un mismo proyecto: enseñar a leer y escribir a los quinientos noventa y dos mil cincuenta y nueve compatriotas analfabetos censados. Yadira se aferró con fuerza a su madre, más ansiosa que nunca por emprender su parte en la formidable labor que iniciaba Nicaragua. Atrás quedaban las tediosas jornadas de capacitación, el Manual de Orientaciones, el Manual de Brigadista, la instrucción rudimentaria. Ahí, por fin, comenzó todo. Al día siguiente se incorporó a la kilométrica hilera de variopintos vehículos que componían las columnas del Frente Norte Carlos Fonseca Amador, rumbo a tierras desconocidas donde la neblina cubre los bosques, donde se fraguó el mayor número de las incontables leyendas que adornan el trágico devenir de la Revolución Popular Sandinista.

•

Al adentrarse en Las Segovias, la tierra de Sandino, los cantos arreciaron como el rugir de los motores. Continuaron las despedidas, continuaron los recibimientos, los abrazos. Continuó la ruta y, sin saber cómo ni cuándo, comprendió que avanzaban solos hacia la espesura de la montaña, escenario hasta el pasado año de combates e historias legendarias, refugio de monos y zenzotles desde entonces. El arbolado más espeso al paso de los kilómetros, la pista transformada en sendero intransitable, las ramas que rozaban la caja

del vehículo, imponían respeto y un inquieto nerviosismo a la tropa de jóvenes urbanos. Alejados del resto de la caravana, del bullicio y de los cantos, un silencio solemne se cerró en torno a ellos, y decenas de ojos nerviosos escrutaron ávidos el espeso follaje en busca de ganado, granjas, vida.

Llegaron a un claro donde se agrupaban seis o siete pequeños montones de maderas, cartones y hojas de palma, algo semejante a un núcleo habitado. Ancianas delgadas sentadas en mojonos de piedra, niños oscuros, desnudos y desnutridos, hombres de botas y machete, bigote y sombrero, mujeres obesas y bien peinadas, casi cincuenta sonrisas tímidas y abiertas les dieron la bienvenida.

La mayoría provenía de champas y caseríos aislados en la montaña, a donde solo se podía llegar andando o en mulo. Campesinos ancestrales, gente del interior desconocido de Nicaragua, protagonistas de sentidas canciones de Carlos Mejía Godoy y emotivos poemas de Ernesto Cardenal, tomando forma tangible a ojos de chicos y chicas de ciudad, tan próximos en distancia, tan alejados en tiempo y en pensamiento.

Años más tarde, al recordar aquel su primer viaje al Norte, Yadira recordaría este encuentro sobre todo por las ausencias. Ausencia de palabras, ausencia de gestos formales y fórmulas sociales preconcebidas, ausencia de experiencia y ausencia de emociones. Los habitantes profundos de la montaña profunda eran tímidos, reservados. Sus sonrisas, sus miradas cálidas y agradecidas, hablaban por ellos. Un líder comunal, un campesino de pelo cano y barba cuidada, se adelantó con timidez. De su boca desdentada surgían palabras, frases amables que enaltecían con inusitada modestia la labor a realizar por los brigadistas en aquellas jornadas, halagaban a los recién llegados, sus estudios y su esfuerzo desprendido, que contraponían a un medio rural que, pareciera, asimilaba a pobreza y subdesarrollo. Yadira llegaría a comprender las palabras de los campesinos en su justa medida, pero en esta primera toma de contacto se sintió escandalizada por el desprecio con que aquellas personas parecían referirse a su propia vida.

Llegó el temido momento del reparto. El ponente tomó un folio arrugado y, con evidente dificultad, comenzó a leer los nombres de los muchachos

que, en corro, los petates en la mano, la cotona polvorienta, asemejaban un ejército desorganizado y huidizo.

—Daniel Gómez Jiménez.

El joven, como obedeciendo una orden militar, dio un paso al frente.

—Vos, hijo, irás con la Elpidia —Una mujer anciana, vestida de oscuro, avanzó despacio y se detuvo. Ambos se contemplaron un segundo, sonriendo nerviosos, incapaces de darse un abrazo, ni tan siquiera un apretón de manos.

—Vení, chavalo. Te llevaré a la casa.

El joven tomó la mochila para seguir a la que durante los siguientes cinco meses iba a ser su madre, arropado por los aplausos de brigadistas y vecinos de aquel villorrio abandonado a su suerte.

—Guillermo Fuentes Cruz.

Un jovencito, pura sonrisa, avanzó un paso.

—Vos, con el Francisco Flores.

—Alba Luz Pilarte.

—Vos, con el Adrián Bermejo.

—Yadira Pineda.

La muchacha se adelantó, la bolsa aferrada contra su pecho, inadvertido gesto de protección.

—Vos irás con el Sebastián Pérez.

Sebastián era un hombre de edad indefinible, cualquiera entre treinta y cinco y cincuenta años. Alto, encorvado por la edad y el trabajo, se quitó el sombrero de paja mostrando un cabello abundante y oscuro, tan oscuro como su tez lisa y gastada. Acogió ceremoniosamente a la brigadista, con el respeto rudo de la montaña, pero también con una perceptible carga de cariño.

—Vivo bien adentro en la montaña. Permítame su bolsa. Andaremos como una hora. Espero que no le resulte duro.

Y así, de manera sencilla, con una breve sonrisa de aceptación, y un gesto rápido de despedida, inició su periplo en la montaña, los cinco meses que iban a forjar su personalidad y sus convicciones con más firmeza y decisión que los años perdidos en la escuela.

El camino ascendía de forma ininterrumpida, resbalando serpenteante entre una maraña desordenada de jenizaros, ojoches, imponentes ceibas e innumerables matas de arbustos espinosos que invadían la ruta para arañar sus pantalones empolvados. Sebastián subía despacio, muy despacio, pero a ella le resultaba imposible seguir su ritmo. La vegetación se cerraba conforme se adentraban en el bosque, y la luz del sol se atenuaba oscurecida por la bóveda de follaje que les envolvía. Tras casi una hora de marcha, apagado por el cansancio y la desorientación su ardor revolucionario, alejada de los cantos y las sonrisas tranquilizadoras de sus compañeros, Yadira se apercibió de quién era, de qué era: una adolescente de quince años, indefensa y desvalida, perdida en lo más profundo de las montañas nicaragüenses, siguiendo a un completo desconocido hacia cualquier lugar inhóspito donde nada ni nadie podría prestarle ayuda alguna.

Se aceleró su respiración, se aceleró el pulso al ritmo extraño de sus pensamientos. El sudor empapaba el uniforme gris del Ejército Popular de Alfabetización y no sabía si la fatiga y el calor, o el miedo que comenzaba a rondarle, eran la causa. Trató de mantener con firmeza el compás marcado por su guía, pero, agotada, hubo de desistir.

—¿Falta mucho? —preguntó exhausta.

—Acá nomás —Sebastián señaló un punto indefinible en el horizonte—. Ya mismo entramos en el sector de Los Ranchitos, donde viven cuatro o cinco familias. Al final está nuestra casa, donde vivirá usted.

—Vale, vale —aspiró una profunda bocanada y se irguió sonriente, vano intento por denotar optimismo y audacia—. Sigamos.

Afrontaron juntos el último tramo. Superada la colina, un valle estrecho y profundo, coronado por lomas de tupido arbolado, descubría un inesperado paisaje habitado, coloreado de todos los matices de la vida rural. Vacas famélicas paseaban sus costillas blancas y alfombradas de moscas a lo largo de senderos mal trazados por los carros y el barro; cuadrados imperfectos de tierra labrada se recubrían de pequeños tallos inidentificables; parejas de cerdos negros y sucios pugnaban por escapar de sus cercados rudimentarios. Dispersas en cada esquina, cinco decrepitas casas de madera y palma cobija-

ban sueños, desvelos e ilusiones, a la par que tragedias y desesperanza. De la última, casi inmersa en la densa foresta que rodeaba el valle, colgaba un harapiento trapo rojo y negro. Un nutrido grupo de niñas y niños semidesnudos se peleaban en el centro de la escena, más parecida a una pintura naturalista de Solentiname que a un tiempo, un espacio real, vivo y definido.

—¿A qué escuela van?

—A ninguna —Sebastián pareció avergonzado y entristecido—. Ninguno hemos ido nunca a la escuela. Esto, la comunidad de Los Ranchitos, es todo nuestro mundo. Y no hay escuela acá.

Se internaron sin prisa. Los juegos infantiles se interrumpieron y diez pequeños pies descalzos corrieron hacia ellos, curiosos y divertidos. De las puertas de los hogares emergieron rostros sonrientes, y Sebastián correspondió a los saludos y la impaciencia de sus vecinos aclarando que primero había que alojar a la mujer, que estaba cansada, que las presentaciones deberían esperar. Yadira devoraba todo con ojos inquietos; los delantales sucios y raídos; los dedos arrugados; el brillo de las miradas; el acento duro y peculiar de los sonidos; las letrinas diminutas, tapadas con un paño oscurecido por el uso; los tablones arruinados de las sufridas casas; el cabello enmarañado de las niñas; el abandono servil de las cabalgaduras desgastadas y, algo alejada del resto, hosca y desafiante, la única vivienda de adobe de la comunidad, mucho más grande, rodeada de una valla de alambre y protegida de la intemperie por un tejado de perfectas tejas rojas.

—La casa del juez —informó Sebastián, consciente de la curiosidad de la muchacha—. Es la única donde no te recibirán bien. Los únicos en esta parte de la montaña que no son felices con el cambio. ¿Ves al chavalo que está sentado junto al pozo? Su padre era Juez de Mesta. Consiguió casa y plata delatando a los compañeros que ayudaron a la guerrilla. A varios los torturaron y los desaparecieron. Por eso lo ajusticiaron. Por eso su familia no quiere a los sandinistas.

El muchacho les observó con detenimiento. Nada le diferenciaba del resto de los campesinos del valle. Igual era su incipiente bigote, su gorra de imitación, su tez curtida y oscura, el inseparable machete que afilaba con

celo. Solo la mirada que clavó en Yadira era distinta. En el fugaz instante en que sus ojos se encontraron, la ráfaga de odio y furia que le alcanzó fue tan intensa que estuvo a punto de lanzar un grito. Aceleró el paso hasta encontrar refugio en el costado de Sebastián, pero antes de perderle de vista pudo ver como el hijo del juez la señalaba con la hoja recién afilada, se pasaba la mano a la altura de la garganta y de sus labios nacía, muda, una amenaza explícita y real.

• •